CAPITULO X

Hombres hay para quienes el día comienza con la salida de la luna. Llegan a los cañaverales cuando florece, sobre el verde de los plantíos, un dardear de flechas blancas. Y por el claro que ha dejado el corte, adelantan, adelantan. Se pierden por entre el cañaveral. Más tarde se oye el golpe seco de los machetes.

Una hora, dos. No se sabe de los hombres. Van por el cañaveral, que cede. De pronto, canta una "capisucia" y se enciende la madrugada con salomas. Un rayo de sol, desprendido, juega con las últimas sombras, antes de que en los cuernos de los bueyes brille incierta toda la belleza de la mañana incipiente. Luego, palidecen los llanos y, en la luz, los birulíes vuelven a temblar.

Sobre un cogollo, el "sangre-toro" tempranero muestra el pecho herido, soltando su canto insignificante. Después, es el bimbín diminuto, con su armonía de recámara. Y no faltan los tartamudos verdes, volando hacia los guayabales del río.

Ya está el cañamelar lleno de carretas. A lo largo del terreno claro, descampado, quedan montones de caña, listos para ser acarreados. Tres rumas deben hacer un viaje de veinticinco quintales. Por la puerta van entrando más vehículos. En los rostros hay una cierta animosidad, que se traduce en conversaciones, gritos o refranes.

–Candelario, cuántas llevai?

–Voy pa dos, compa. La caña no's buena.

Un cortador grita:

–A trabajá qu'es ley!

Otro, apartado:

–No se arrecuesten en la lanza!

Hacia la puerta de salida se mueven carretas cargadas. En cada zanja en que cae alguna de las ruedas hay un grito que sofoca el chirriar seco, angustioso de la "manzana". Es que, como el cañal no tiene caminos, los canales de regadio apenas si han sido cubiertos por una leve capa de cogollos secos. Y entonces las carretas se ven forzadas a un lento andar, ora vadeando los surcos, ora evitando los canjilones. Pero, por más cuidado que haya, siempre se cae en alguno.

§ • §

Claudio Sabatierra ha llenado lentamente su carreta. Recogió los montones que su padre –cortador– ha ido dejando.

–Ta mala la caña, Claudio– le gritaba, a veces.

Y era cierto. Viejo el cañal, y sin cuido, producia esa fruta delgada que no daba peso. Era preciso cortar mucha para conseguir un viaje mediano. Y como a ellos les pagan por quintales...

A veces le advertía:

—Háte al Norte, Claudio. Tiene pelusa.

La insoportable pica-pica, negra como vaina de frejol, que suelta un vello molestoso. Es una picazón -aguda, sofocante, que obliga a rascarse. Pero es inútil. Aumenta el ardor y se riega por todo el cuerpo. Por fortuna, el hombre al fin se acostumbra y se hace insensible.

Trabajo le ha costado a Claudio Sabatierra llenar la carreta que ya tiene lista. Va hasta los bueyes y recoge las riendas. Garrocha en mano, grita:

–Papa, ya llené. Voy pa la pesa.

Y comienza a moverse. Camina a pie, por delante de los bueyes, llamándolos, aupándolos.

–Jillo, jilloooo!

Serán dos viajes con éste! Diez y seis reales! Diez y seis reales. Si la caña sirviera...!

De pronto, la rueda izquierda patina y cae hasta lo más hondo del zanjón. La carreta queda peligrosamente ladeada, y Claudio, sorprendido, sólo atina a calmar los bueyes, que tiran inútilmente. La caña amenaza rodar al suelo. Para evitarlo, el muchacho corre hasta la cerca y troza dos torniquetes, con los que logra apretar más la carga. Claudio ve la situación tal cual es. Por eso tiene sus temores: la carreta puede volcarse y desnucar un buey. O bien, partirse la lanza. O quebrarse la rueda. Y quién se enfrenta con el apuntador, entonces...?

Voces le llegan:

–Se te parte la carreta, Claudio!

–Quién te lo manda buscar trabajo de hombre!

–Vorvé a las naguas de tu mama, muchacho!

–Lueguito vamoj a ayudarte.

La cuarta! Es lo único que puede hacerse. Se aparta un poco y, haciendo con las manos ruta a la voz, grita:

–Teodorooo! Teodoroooo, toy atajcao!

–Ahorita voy, Claudio– contestan desde un recodo del cañaveral.

Pronto se ve al viejo Teodoro dirigirse hacia la carreta atascada. La "cuarta" es la yunta de bueyes más fuerte que tiene la Hacienda. Gargantilla y Pizarro –uno negro, cenizo el otro– son los corpulentos animales. La única labor que realizan durante toda la zafra es la de sacar de los atolladeros a las carretas atascadas. Ha llegado Teodoro al sitio del accidente.

–Hay que cuartear– explicó Claudio.

–Toy viendo. Pero quiero saber el lao mejor.

Después de mirar, detenidamente, cada una de las ruedas fue hasta sus animales y los puso delante de los otros. Desenrrolló dos gruesas sogas, atando cada una a las orejas del primer durmiente de la carreta, de las mismas orejas del yugo. Hizo el reajuste del balsón que sujetaba la lanza y comenzó a aupar los animales.

–Ahora, Garagantilla!

–Vamoj, Pizarro!

Claudio, muy cerca a las ancas de los bueyes, también alentaba:

–Jiloo! Arriba, carajo!

Halaron las dos yuntas al unísono, y se oyó la lanza traquear lastimosamente.

–Cuidado con la lanza, Teodoro.

–No me apeche, Claudio, no me apeche!

Regresó el viejo a la carreta, dando miradas al atascadero.

–Vamu noj, Gargantilla.

El toro, pinchado, tiró violentamente. Hubo un fuerte chirriar de madera y eje, pero la carreta, lentamente, comenzó a moverse, superando el obstáculo. Ya en tierra plana, Teodoro detuvo la marcha, para "descuartear".

–Dioj se lo pague, Teodoro.

–Ej mi trabajo, muchacho. Hasta más ver.

Teodoro siguió a los cañaverales mientras que Claudio Sabatierra iba camino de la pesa. Cruzaba la puerta cuando el cuidador le detuvo.

–Qué clase?– gritó.

–Caña del país, señor.

El hombre, en un tiquete que extrajo de una chácara que le colgaba del hombro, apuntó el nombre del muchacho.

A un lado, el precio.

–Ocho reales –dijo–. Coje tu tiquete– y regresó a sentarse a la sombra del guásimo.

Claudio aun miraba el tiquete cuando los bueyes, por su propia cuenta, tiraron hacia la pesa.

Una larga fila de carretas aguardaba. Claudio Sabatierra se dobló sobre la carga. Medio día. El sol estaba en el cenit. El viento transportaba bocanadas de humo por el lado Norte. Nubes espesas de polvo pasaban, y briznas de cogollo quemado caían desde todas partes. El sol fue tornándose amarilloso. Se hizo más caliente el aire y los bueyes soltaron más hilos de baba.

CAPITULO XI

Las sombras cayeron violentamente. En medio del potrero fueron saltando hogueras, diminutas como luciérnagas. Corría un viento frío. El espacio se llenaba de briznas encendidas. Por todas partes se sentían voces. Alrededor de cada hoguera descansaban tres o cuatro hombres, dispuestos a dormir a la intemperie. Algunos conversaban. Hacían recuento de sus acciones. O improvisaban coplas;

"Cuando yo estaba chiquito
me cargaban en los brazos.
Y ahora por grandecito
me cargan a garrotazos."

–Y me entró tamaña cólera, Ricardo, –decía Chelapá– que no me pude contener. Un hombre de la talla de Eduardo Herrera en esas cosas! El pobre también es humano. No hay por qué tratarlo como perro!

–Está bien Chelapá –respondió Ricardo.– Después de todo, Eduardo no hizo mal.

Chelapá lo miró largamente. Habían cruzado el trecho más deshabitado del potrero y se aproximaban a las primeras lumbres. Se divisaban ya algunos bultos mal arropados, de espaldas al viento. Se oyó un ay! profundo, largo, desgarrador.

–Ese será uno –irrumpió Chelapá– y como él muchos

más. La galera está hasta los topes.

–Serían las tres –siguió explicando Chelapá– cuando, de pronto, el sol comenzó a ponerse amarilloso. Una voz gritó: "Quema po el lao arriba!", y todos los que estábamos en el descampado nos volvimos hacia allá. El humo comenzaba a llegar por oleadas. Poco a poco el traquear de la hojarasca fue enfuertando y el humo se hizo más espeso. Muchos comenzaron a toser. Nadie puede decir de dónde vino, lo cierto es que todos lo oyeron:

–Culebras! ! –fue el grito.

Por todas partes comenzó a salir la gente huyendo. Eduardo estaba con nosotros. En cuanto notó el desbarajuste espoleó el ruano y peló el garrotillo.

–A cortar, miedosos! –gritaba, y corría de uno a otro lado, repartiendo cuerazos.

–A cortar, flojos!

–Señor, hay culebras!

–Qu'l bicho viene huyéndole a la candela.

El cuero crudo sonaba en las espaldas. Unos, desesperados, huyeron hacia el camino real y, ni que fueran reses, Ricardo los correteó Eduardo y los trajo a rejo limpio. Los hombres volvieron al corte. De rato en rato se oían gritos que dolían en la misma ánima.

–Esa es la vida, Chelapá: "A veces es necesario que unos mueran para que otros vivan".

Sonrió el campesino. Trotaban entre fogatas.

–Enfermo, Cipriano?

–Mal, señor!

A otros:

–Cómo están, muchachos!

–Al rescoldo, señor!

Como si saliera del anca de los caballos, una voz, mal arropada, preguntó:

–Es hoy viernes, nu's cierto, niño?

–Martes, Goyo, martes.

Atrás quedaron las fogatas custodiando el sueño de los hombres que no tienen mañana. Frente a los jinetes dibujó sus proporciones la ruda simetría de la galera. No fue posible para ellos dejar de pensar en el dolor de vivir. Cuántos habían muerto en ella? Cuántos morían, olvidados de todos, en su vientre? . No era para recordarse. Viéndola, parecía sentirse la noche misma toser presa de angustias. Se la sabía temblando sobre sus propios troncos, y las sombras vecinas estaban siempre preñadas con sus gritos y lamentos. Ricardo y Chelapá pasaron frente a la casa aborrecida y siguieron hacia la ranchería.

–Hoy debe haber chicha donde Pedro Vanegas.

–Vamos!

CAPITULO XII

Ricardo y Chelapá fueron los primeros en llegar esa noche a casa de Isabel, la cantadora. Después de haber desensillado y cuando se aprestaban a entrar, llegó hasta ellos, hiladora de promesas, la voz fina de Petita.

–Ricardooo... Chelapá!. Hoy no es fereña; está herbetona.

–Por ella vamos, muchacha! –cerró Chelapá, al par que foeteaba con las jáquimas las ancas de los caballos, sueltos ya a la libertad del potrero.

Fue así que al sentirlos llegar, Petita salió a recibirlos con sendas totumas de chicha.

Acomodaron banquetas y se instalaron. Poco a poco la casa se fue llenando de hombres que venían también en busca de chicha. Hasta la ranchería llegaba el bronco rugir del río en el pedregal. Un silencio que nadie rompía espesaba por momentos. Alguien, distraído tal vez, preguntó:

–Güeno, y Pedro?

–Hoy partió con una saca para el desembarcadero. Estoy solita. Mamá está en el río. Sólo está conmigo el Menegildo, que duerme hace rato ya –explicó, minuciosamente, la muchacha, con una sonrisa discreta.

Como caído del techo, el silencio volvió a hacer centro en la ranchería. Los hombres se movían, perezosos. Sólo tenía

fuerza la sonoridad de los escupitajos intermitentes. La muchacha se ausentó, para regresar mostrando una tinaja de chicha que puso en medio del círculo. El silencio fugó hasta la barbacoa. Viniendo del río, hacia el sur, llegaba, largo y presagioso, un graznido de lechuza. Ligero estremecimiento hubo entre los hombres.

–Mal cantar tiene er bicho ese.

Cierta era la observación. Todos estaban de acuerdo.

Porque en las noches, el graznar de la lechuza cobra dejos trágicos. Y como ellos a cada instante esperan la aparición de lo desconocido, que presienten, no pueden evitar el estremecerse. Al sonreír Ricardo, Bracilao, el más viejo, apartando la pipa, dijo:

–Niño, nu's para reírse. Er cristiano tiene que creer, puej'er mundo es grande y enredao.

–No piense que me burlo; Bracilao –aclaró Ricardo–, pero para mí, la lechuza es como otro pájaro cualquiera.

–Herejía señol, es no beber cuando er agua está clarita.

Chelapá dirigió una mirada de reproche a Ricardo por esa sonrisa fría, penetrante. El era campesino también. Durante los últimos años, llevando una existencia vagabunda al lado de Gómez, aprendió a no creer; a dudar de todo lo que se tiene por sagrado. Y los recuerdos, las creencias primeras, los temores ancestrales se sepultaron, aquietándose en el fondo. Sobre ellos cayó polvo y más polvo de herejía.

Pero esta noche, por el cantar cortante de la lechuza, sintió que sus pasiones de antaño florecían. Tal que si subiesen desde muy hondo y tuvieran una voz ronca, poderosa. Algo le hablaba de los misterios que él nunca comprendió y que, escéptico, tuvo por necesario dar al olvido.

El campesino cree. Cree con todas las fuerzas que le presta su oscuridad. Porque sólo así es posible permanecer. Chelapá sabia bien que sólo se subsiste por la fuerza y con la fe. Y sintiéndose cholo, comprendiendo el dolor de sus hermanos, Chelapá sufrió inmensamente la sonrisa helada, cor-

tante, de Ricardo. De ahí su mirada llena de reproches, de la que Gómez no se dio por aludido. Estuvo imperturbable, sonriendo cruelmente, puestos los ojos en la tinaja de chicha.

Tornó a mirar en derredor. Los rostros estaban hoscos, huraños, y sólo se notaba vida en sus cachimbas.

Se volvió a oír el graznido de la lechuza. Llegaba de muy cerca; tal vez allí no más, en el corotú del corral.

–Me da miedo ese animal – confesó Petita.

–A mí no me gusta – añadio Bracilao.

Eduardo Herrera, soltando la pipa, dijo:

–Cosas que pasan: anoche sentí las brujas.

–Pa decí verdá, yo también como que oí argo corroboró el viejo Eliazé, que hasta entonces no había hablado.

–Cómo bailaban esas diablas en er techo e la galerita e mano Juande! – ayudó un muchacho.

Otro, recostado largo tiempo hacia al bajareque, de porte bajo y de color moreno, acercando un banquillo empezó a decir:

–Ahora mi acuerdo de argo que sucedió hará cosa de cinco o seis años. Era pa'l San Juan de Dioj y taba yo pa ese tiempo trabajando en Riu Chico. Como queríamoj fiestá noj juimos pa Natá. Allá jaraneamoj toa la noche y por la madrugaíta ya, entre oscuro y claro noj regresamoj. Acabábamoj de llegá a casa de un tal Mónico, cuando sentimoj unoj gritos del otro lao del río; pero qué gritoj más feos; "Socorro, socorro que mi'ahogo". Nojotros noj quedamos oyendo y rematando la poquita chicha que toavía tenía er viejo. De pronto sentimos unos chiflíos largos y juertes, arriba er palo e higo, porque ahí cerquita había uno grande. Por er medio d'el había un güeco regulá po'nde uno pasaba muy tranquilo. Se decía

fermentada.

Cuando el muchacho terminó de hablar, los oyentes todos se miraron entre sí. Un silencio absoluto, agorero, los envolvía. A la luz temblorosa de la "guaricha" los rostros cobraban expresiones sombrías.

Chilo, entregándole la totuma a Petita, dijo después de lanzar un escupitajo:

–Güeno, pué pa que uté vea, yo no creo en aparecío, pero a veces le pasan a uno unaj cosas... que'sta que lo dejan a usté fregao. Miren ustées lo que a mí me pasó. Ya deso hacen sus diítas. Taba yo enamorao po allá por los Cerritos y tenía qu'irme toas las noches p'allá. Había echao ya la úrtima carretá y sepa er diablo por qué me quedé en una "pinta" que había en la Fonda. Como a eso de las doce e la noche cogí mi carreta y me largué pa' onde la muchacha. Yo iba cantando y salomando, cuando de momento m'entró una tembladera er mismo diablo y sentí chiflíos largos y también ar cocorito que cantaba en una rama cerca. Yo cogí mi cutacha, que taba guindá en un paral, y, pelándola, di un planazo en la carreta, y dije: "Güeno, qué diablo ej lo que quieren de mí! !", y deseguida oí, así no maj, detraj e mí, una risa, pero la mesmita risa e mí mujé. Yo me viré enseguidita y grité: "Paula, Paula!"– que así era su gracia–, y no vi maj que la cerca der potrero. Carajñu, a la verdá que yo quedé espantaíto y comencé a rezar... Cuando llegué a onde mi mujé taba, ya po la madrugaíta, la encontré sentá en un banquillo, y riéndose igualito a como yo la había oío en la carreta. Yo, con mi cosita, le pregunté: "Güeno Paula, y vos de qué te reí?" Y ella me contestó: "Güeno, de náa Chilo". "No caraste, -grité yo- de ná no. Voj soi bruja, yo con voj no quiero náa", y salí de la casa. "Y me vai a dejá?". dijo. "Seguro, es que voj creei que yo quiero ser brujo? Ar diablo con vos", le contesté ya cuando salía der rancho. "Ahorita mesmo veréi", me volvió a gritá la mujé y, parece mentira, enseguida quedé oscurito, no veía er camino; quedé perdiíto. Por toas partes oí chiflíos y sentía que me rozaban. Antonce, acordándome de una cosa que me dijo mi

tata, y que es malo decirla, porque se pierde la gracia, saqué mi puñal en cruz y los clavé en el suelo diciendo: "Ave María Purísima", y regrese ar rancho. De madrugaíta vorví ar lugar onde había clavao er puñal, y encontré a mi mujé sentá al laíto. Apenas me hubo vido, me dijo: "Chilo, sortáme po favor, fijáte que te quiero, sortáme sí. Mira que no lo vorveré a hacer". Pero yo, caraste, como taba encontrao, cogí er garrotillo y le metí una cuera pa que se acordara der día que la parieron. Despéj, saqué er puñal, y salió esa mujer juyendo y gritando que parecía qu'er diablo la juera corretiando. No la he visto maj y me han dicho que no quiere saber máj de hombre arguno y que ta hecha una santa.

Cuando Chilo concluyó, el silencio se hizo aún más profundo. La noche estaba en calma, aunque, de vez en cuando, se sentía un cogollo que el viento se llevaba.

En eso las gallinas cacarearon fuertemente. Desde un árbol cercano llegó hasta al rancho silencioso el agorero cantar del cocorito.

El temor fue general. Las miradas se encontraron.

–Arguien se va a morir o se muere – afirmó el viejo Bracilao.

Y como si sólo esperase la advertencia del viejo, desde dentro del rancho una voz gritó:

–Mama! ! Mama! !

Todos corrieron hacia la voz que llamaba.

–Onde ta papa? –dijo el chiquillo Menegildo, que dormía en una estera.

–Ta llevando una saca– le respondió la Petita, espantada.

–No, mama, no! Allí lo vide ahora mesmito – señalaba un hueco, que a modo de ventana, había en la pared del rancho –y me decía: "Menegirdo, Menegirdo, vení acá."

–No sea loco, m'hijo – le atajó la muchacha.

–Por Dios mesmo, hermana, y taba llorando. Dos veces

me dijo: "Menegirdo, Menegirdo, vení acá." Onde ta mama, Petita, ónde tá?

Todos callaron, entrelazando miradas.

El niño, en la estera, temblaba y decía:

–Mama, mama, tengo miedo. Tata me llamaba. Lo vi como te toy viendo a ti, mama. Sí, sí, te digo...! . Petita, Petita, onde ta mama? onde tá? onde tá? – y se revolvía en la estera.

Chilo, en un rincón, aguardaba, mientras Menegildo deliraba, acosado por la fiebre. Gruesas gotas de sudor se detenían, temblorosas, sobre la ancha frente y luego, casi enseguida, se deslizaban cara abajo.

Petita abandonó, entre llantos, la habitación. Ricardo le dijo, esforzándose por reír:

–No llores Petita, eso no es nada. Una pesadilla.

–No, te digo que no, argo le pasa a mi papa; toy segura.

Ricardo sonrió y le dejó llorar.

CAPITULO XIII

A la mañana siguiente la noticia circuló por San Cristóbal, tal que cuento:

–Dizque taban tomando chicha y que oyeron ar cocorito. Dizque antonce er Menergirdito vio ar tata que lo llamaba y que se oyeron a las gallinas cacarear. Dizque despuéj llegó er Rafael diciendo: "Isabel, a Pedro lo mató un toro en er desembarcadero"...

Y eso fue todo. Así lo repitió Anastasia a Panchita. Lo mismo dijo Concho a Sebastián.

En la noche era fuerza ir al velorio:

–Vamoj Chilo, a acompaná un rato...?

–Vamoj, Pancho, onde la viua...?

–Vamoj, Fele, un ratito...?

–Vamoj, pué...

Y fueron.

Dentro del rancho, las mujeres; fuera del rancho, los hombres. Aquellas, ante una mesita a manera de altar, con un sudarió de fondo, y cuadros de santos, rezaban.

Fuera en la ranchería...

–No lo dije yo anoche? "Arguien se va a morí" – repitió el viejo su vaticinio de la víspera. –Fue la pura verdá.

–Verdá ej– aprobó Chilo.

–Pero es qu'es seguro –insistió el viejo, quitándose la pipa y lanzando un escupitajo que se esparció formando los más extraños signos –qu'el muerto avisa. Y pa que ustées vean, fíjense en lo que les voy a contar; antoce dirán.

Todos se acomodaron en sus puestos. El viejo sacó un pan de breva; lo puso sobre la mano izquierda, mientras que con la derecha, ayudado de una cuchilla, zurró la breva hasta convertirla en polvo. Después, alimentó la pipa, lentamente. Y comenzó:

–Taba yo pa ese tiempo en er Caño. Mi tata enfermó, ni yo sé de qué. Antonce un diablo por allí dijo que lo leváramo al hospital. Yo, como quería mucho a mi tatita, lo llevé allá pa que no dijeran ná, pero eso de hospital a mí no me gusta, porque casi siempre lo matan a uno; rarito es er que se sarva. Yo me vine p'acá. Una noche, m'iacuerdo como si hubiera sío ahorita mesmo, taba yo en mi jorón, solo, porque mi mujé taba acompañando a papa, cuando sentí que arguien subía por la escalera. Yo me quedé esperando y antonce oí que me decían así: «Bracilao, Bracilao, tu papa t'está ñamando." Con esas mesmas palabras, les digo, porque eso no se me orvidará; así como lo tan oyendo ustées así lo oí yo. Antonce yo me dije pa'entre mí: "caraste, papa se muere." Cogí mi caballo y jué una sola carrera hasta Aguadulce y cuando llegué allá me dijeron que papa taba muerto.

El hombre terminó. Recorriendo al auditorio con la vista, explicó:

–Misterios hay en er mundo que no son pa cristianos.

§ • §

Ricardo y Chelapá se dirigían al rancho de Isabel. Una como involuntaria resistencia les llevaba a posponer hasta el límite el encuentro con la familia de Vanegas. Gómez caminaba junto a su amigo, más hermético que siempre. Estaban frente a la casa, y oían ya la conversación de los hombres cuando, por el camino que viene del Ingenio, se vio un resplandor.

–Carro que viene, Ricardo? –preguntó Ckelapá, volviéndose hacia esa parte de la noche que parecía incendiarse.

–Tal vez.

Enseguida, desde un recodo del camino, dos chorros de luz partieron con violencia las sombras compactas. Quedaron tendidos, como dos cuerdas tensas, y por ellos llegó rugiendo el automóvil. Reconocieron a Don Eduardo Dasalla y a su esposa. El carro se detuvo y Don Eduardo, más por pereza que por obesidad, bajó muy lentamente.

–Buenas noches, Gómez –dijo dirigiéndose a Ricardo.

–Buenas noches, señor Dasalla.

Saludó a la dama con una ligera inclinación de cabeza, y tornando la vista hacia el recién llegado, preguntó:

–Se puede saber qué los trae por estas tierras?

–Bueno, es que...

–Nos contaron de la muerte de un tal Vanegas –explicó Doña Rubiela–, y hemos venido a informarnos mejor. Además, nos han dicho que al morir ese Vanegas la familia queda desamparada.

–Aquí todos estamos desamparados.

–Es el caso – continuó Doña Rubiela, contrariada, pero ya dueña de la conversación –que necesito una empleada que me cuide a Teddy. Sé que el señor dejó una hija y Eduardo viene a contratarla.

–Ajá...

Ricardo sacó cigarrillos y ofreció a la dama. Don Eduardo rehusó la invitación.

El señor Dasalla caminó hacia la ranchería. Chelapá hizo una reverencia, y se alejó también. Qué nubes de tormenta amenazaban los pensamientos de Chelapá? Fugaba la sonrisa de su cara y un gesto duro, seco, cuadraba los maseteros. Todo en su rostro murmuraba: "Mal comienzo, triste fin."

Doña Rubiela saltó del carro. Hasta Ricardo llegó un

suave perfume de gardenias. Dio una larga aspirada al cigarrillo y habló:

–Tenía días de no verlo, Ricardo.

–Lástima grande que a su esposo no se le haya ocurrido traerla antes.

–Por qué no me toma en serio?

–Yo la tomo muy en serio, señora.

Rubiela Dasalla comenzó a moverse, nerviosa. La conducta de Gómez la exasperaba. Iba a manifestarle su reproche, cuando Ricardo se adelantó:

–Venía usted con un encargo especial, no es cierto, señora?

–Encargo especial...yo?

–La Petita, y su Teddy sin aya.

–Ah, sí! De veras – respondió Rubiela, como distraída.

Mas inmediatamente, con un tono ahora tranquilo, agregó:

–Ya Eduardo atiende a eso.

Ricardo Gómez sonrió y quiso ser amable. Había advertido el cambio en la voz de Doña Rubiela.

En el viento llegaba el rumor del río y un fuerte olor a guayabas maduras. Se sentía el gruñir soñoliento de los bueyes, revolcándose en los cogollos.

–La verdad es, Ricardo – dijo la señora Dasalla – que he venido para hablar con usted, no obstante su empeño en evitarlo. Desde el día en que nos presentó Mr. Malley, a pesar de sus maneras... tan extrañas, simpaticé con usted. Es aquí la única persona capaz de comprenderme. No soy una chiquilla, y sé que el deber me indica seguir y acompañar a Eduardo. Pero esta tranquilidad, la soledad en que vivo, me desesperan. Me pongo a pensar, a recordar, y, a veces, tengo miedo... Tengo miedo a los recuerdos...

Fue tan sincera su confesión, de tal manera se entregaba

en sus palabras, que a Ricardo se le hizo difícil contestar. Por decir algo, respondió, todavía con su acento mortificante:

–Los recuerdos sólo son palabras.

–He notado, Ricardo, que usted simula desprecio por ciertas cosas. Acaso encuentre ridícula esta inesperada confesión mía. Poco importa. Eduardo no entiende muchas de mis cosas. Pareciera que nadie las entiende. Y ya no puedo más. Necesito hablar con alguien como yo o, por lo menos, capaz de escucharme con simpatía. Eso es: con simpatía. Necesito la simpatía de otra persona. Usted tiene la mía, y he venido a saber si no me equivocaba al suponer que yo cuento con la suya también.

Aunque sintió un infinito deseo de consolarla, Ricardo, obedeciendo a su recóndita desconfianza, contestó:

–No estará usted suponiendo demasiado, señora? Yo soy igual que los demás.

–Miente usted – respondió, agresiva, Doña Rubiela – Usted sabe bien que no es verdad... Quiere que le diga una cosa, Ricardo?

–Hable: bien poco ayudará mi parecer.

–Usted es como yo: teme al pasado.

Gómez se estremeció. Rubiela iba derecho a su intimidad. Acercándose, con acento cortante, preguntó:

–Qué sabe usted de mí?

–De usted...?

Voces que venían desde la ranchería quebraron la conversación. Don Eduardo regresaba.

–Te aburriste, querida?

–Oh, no! El señor Gómez es un magnífico conversador.

–A propósito, Gómez –dijo el señor Dasalla–, casi me olvidaba: Mr. Malley y yo viajaremos a la capital pasado mañana. Usted irá al Ingenio y administrará, mientras tanto.

–Bien señor. Allá estaré mañana en la noche.

El auto se alejó, abriendo trochas de luz entre las sombras.

Ricardo no llegó al velorio. Desanduvo algunos pasos y tomó el trillo que conduce al río. Por el nivel de las aguas supo que la marea estaba alta. Largo rato caminó siguiendo los senderos de la orilla. De vez en cuando saltaba un pez o, sobre las aguas quietas, alguna mancha blancuzca marchaba lenta hacia la desembocadura.

Al tropezar el primer banco de arena se echó, cara al cielo. Quería estar solo, con su vergüenza y su alegría. Porque estaba abochornado, y alegre también. Tiempos ha la deseaba –era la verdad–; día a día se encariñaba más con la idea de ella. Sin embargo, cada vez que la encontraba su conducta no podía ser más torpe: se mostraba agresivo, casi grosero, sin necesidad. Especialmente torpe había sido su conducta de esa noche. A pesar de todo –ahora estaba seguro– Rubiela lo quería. No era sólo un capricho, ni tampoco pura atracción sexual. Algo generoso y de mayor complejidad intuía en los sentimientos de Rubiela. Repitió mentalmente, con parsimonia, sus palabras: "Usted es como yo: teme al pasado." "Usted es como yo"... Y se dijo: ciertamente, Rubiela Dasalla: mucho tenemos en común.

CAPITULO XIV

Pasaron días sin salomas. La Isabel vistió de negro y sólo se la veía bajar a los atardeceres, mustia y callada, por agua al río. Menegildo, el hijo de Pedro, quedó tonto. Fiebres y más fiebres fueron hundiendo sus ojos; la mirada volviósele turbia, lejana. De la Petita llegaron noticias sin importancia. Unicamente quebró el ritmo de las cosas la llegada del viejo Chuzo.

–Tencha, hoy sube er Chuzo!

–Ya lo sé.

–Mina, hoy sube er Chuzo!

–Tengo apartá tres amarras.

Lentamente, corriente arriba, subía el viejo Chuzo vendiendo sus pecados. Una vez por semana dejaba su rancho, allá en la desembocadura, para llevar, tierra adentro, la labor de siete días. Pero, cuentan que no sólo por eso subia: también con la esperanza de encontrar a su hija, que un desconocido un día cualquiera se la llevó.

Chuzo vivía en la desembocadura, como ahora. –Al morir su mujer sólo quedaron en esos parajes él y su hija Cinta. Al tiempo que se hacía viejo, la muchacha creció hermosa, correteando en los pastizales Bajó una vez un mozo cantador, de Cerro Negro, a quien llamaban Quirinyó. Vio a la Cinta, y como no tenía compañera, dijo:

–Mujé pa mi casa quiero. Te venís?

–Tata ta solo. No lo pueo dejá.

Unos dicen que la miró de mala manera. Otros que se la llevó a la fuerza. Lo cierto es que se fueron en la piragua, corriente arriba. Afirman también que Chuzo estaba en la mar, pescando, y que una voz le dijo:

–Papa, papa, me llevan!

Era la voz de la hija. Entonces el viejo tiró de las redes, y enfiló rumbo a su casa. La Cinta no estaba. Imaginó lo ocurrido, y se internó en el río. Iba silencioso, remando desesperadamente. Cuando pudo verlos caía la noche. En ese mismo instante comenzó a llover. Relámpagos terribles trizaban las sombras incipientes, y el trueno rugía, furioso. El viejo remaba, doblándose como un bejuco, con las venas dibujadas en la piel. De pronto, empezó a bajar agua amarillosa: creciente. Ahora pesaba más la canoa, pero Chuzo los había visto y nada le hubiera podido detener. El río crecía. Los relámpagos se perseguían, implacables; el fragor de los truenos se amalgamaba en la distancia. La piragua de Quirinyó dejó de verse. El viejo remó con mayor vehemencia. Oyó enseguida un grito triste, ahogado. Era su hija, que lo llamaba por última vez.

Desde entonces, todos los viernes, sube el río hasta el lugar donde la vio desaparecer. Se dice en el Cerezo que siente la voz de la hija en las aguas; que la escucha lamentarse. Pero la voz va adelante, siempre adelante y, llegando a a cierto lugar, desaparece.

§ • §

–Chuzo, una amarrita de a tres.

El viejo dejaba el centro del río, palanqueando hacia la orilla.

–Chuzo, acá otra.

Más adelante:

–Chuzo, una chica!

–No me deje sin pescao, Chuzo!

Se fue el viejo, corriente arriba, entre los gritos de la gente que llamaba desde los barrancos. Y todos quedaron pensativos, mirándose los unos a los otros. Chuzo había dicho:

–Cosas grandes pasarán
que toos ustedes verán.

Qué significaban las palabras del viejo? Dios sabrá! Pero la extraña profecía quedó circulando por el barrancón.

–Cosas grandes pasarán
que toos ustedes verán.

Esa vez, algunos dejaron el pescado sin tocar. Y muchas tardes se pensó en las palabras de Chuzo. La muerte de Vanegas, los versos del anciano, hicieron más sombrías y lúgubres las noches del Cerezo.

CAPITULO XV

Inesperado suceso retuvo a Don Eduardo en la capital. Mr. Malley regresó alarmadísimo.

–Un diario –explicaba a Doña Rubiela, a quien había ido a visitar para informarle– denunció a Don Eduardo como enemigo del pueblo y estafador del Estado. Habló de cierto contrabando de ganado, procedente de naciones vecinas, y citó el caso del último embarque que, según sus informes, acababa de llegar de Colombia. Claro que son cosas de los periodistas, ganas de escandalizar, pero convenía la presencia allá de Don Eduardo, para evitar equívocos. Cuestión de una o dos semanas.

Doña Rubiela escuchó, paciente, la explicación del Ingeniero. No sintió preocupación ninguna. Tampoco alegría. Estaba sola en San Cristóbal. Eso era todo. Sola. Con su voluntad como única ley. Muchas veces deseó eso. En la ciudad, sobre todo, hubo momentos en que fue víctima de una extraña melancolía, del deseo de ser libre. Se le ocurrían cosas singulares. Como, por ejemplo, montar a caballo y andar a campo traviesa, a todo galope. Y cosa rara: en cuanto se dejaba ganar por sus ensoñaciones y vivía en sueños sus deseos, tornaba inmediatamente a estar tranquila. Sólo quedaba en ella un poco de cansancio, de pesadez. Una soda fría cerraba el episodio.

–De manera que estaré quince días más abandonada.

Doña Rubiela subrayó para sí misma el contenido de lo que decía, y se sorprendió al saberse indiferente.

–Las cosas siguen igual –dijo el Ingeniero–. He hablado con Ricardo.

Mr. Malley buscaba acabar con la conversación. Queria cambiarse de ropa.

–Si continuamos con el mismo ritmo –agregó–, será ésta la zafra de mayor producción en la historia de la Hacienda.

–Cree usted?

–Ah, sí! Estoy seguro.

Levantándose, dijo:

–Ya hablaremos de eso. Y perdone que me tenga que ir.

–No se preocupe usted. Y no olvide el camino. Recuerde que estoy sola.

–El hombre se fue por un sendero angosto. A poco su andar cansado lo llevó más allá del batey, perdiéndose de vista por instantes. Desde el sillón en donde estaba, Doña Rubiela lo vió desaparecer. Un estado depresivo se fue apoderando de ella. Se puso en pie, dio militarmente la vuelta y, con pasos marciales, bajó al jardín. Necesitaba moverse, caminar. Pensando de nuevo en la demora de Eduardo, se le antojó un desconsiderado abandono. Ciertamente, nunca existió entre ellos una verdadera comunión, esos lazos de afecto hondo que hacen la convivencia dulce y necesaria. Pero Eduardo bien pudo haberle escrito, o llamado por teléfono... Sin saber por qué, recordó unos versos:

> No sé quien soy... Apenas sé quién era...
> Y en el cósmico horror me transfiguro,
> leve fantasma como el humo oscuro
> que nace de las brasas de una hoguera.

Supo enseguida de donde procedían. Pobre Coyllur –pensó–. Hija del Sol, y sin poder amar. Había leído, por casualidad, el drama indígena, con verdadera sorpresa y sin mayor curiosidad. No era extraño el que recordara, precisa-

mente ahora, el libro ese? Qué tenía ella que ver con Coyllur? Existió Ollantay, el indio belicoso? El autor sólo habla de una leyenda prehistórica. Sin embargo, no puede ser ficción. Su doloroso acento sugiere auténtica vida. La felicidad puede crearse, suponerse, porque es convencional. El sufrimiento, no. Hay que vivirlo. Mas, qué sabía ella de tragedias? Tuvo alguna vez algún dolor real? Tampoco había sido feliz. Conocía ella la felicidad? A veces, creyó serlo. Al cabo descubrió su error. O, era eso la felicidad?

Doña Rubiela se fue internando por el jardín. Avanzaba ahora bajo los bambúes. De nuevo sentíase confundida, aunque esta vez a la confusión se agregaba un estado de espectante ansiedad. Efectos, acaso, del libro ese? Tanto podía una ficción? Sería una lástima. Había encargado unos cuantos libros, que Ricardo le había sugerido. Pensaba llenar así un poco del vacío de su vida en San Cristóbal. Porque estaba sola... sola. Pensó en Ricardo Gómez, y se inquietó. Desde hacía días, sin proponérselo, venía asociando esta palabra con su nombre. No podía pensarla sin acordarse de él. Lo que había creído simpatía, iba a resultar otra cosa? Estaría enamorada? Hasta entonces se resistió a aceptar esa posibilidad, se daba clara cuenta de ello. Por qué se le había ocurrido ahora? Y la indiferencia de él? Fingida? Siempre encontró en los hombres una recepción entusiasta. Ninguno se mostró insensible a sus encantos. Pero Gómez parecía inalterable. Contenía sus impulsos o realmente no le importaba? Seguramente era un hipócrita. No. Más bien tímido y reservado. Porque la noche del velorio de Pedro Vanegas había notado en Ricardo –ahora caía en la cuenta–, a pesar de su brusquedad casi grosera, miradas de ternura y agradecimiento. Tímido, sí, demasiado tímido. Consecuencia de alguna decepción? Pero, qué le importaba a ella Gómez? Arrancó una varita de bambú y comenzó a golpear los hilos de la cerca. No sería todo su malestar consecuencia de la completa inactividad en que vivía? Y sí, ya que le había dado su confianza, le dijera a Ricardo lo que le estaba ocurriendo? Se reiría bastante. Se reiría? Ultimamente siempre que lo vio Ricardo estaba serio. Era muy serio. Y tan

simpático. Con su aire de desprecio y su apariencia inabordable. Y sus ojos... Para qué mentir? Ricardo le gustaba. Ella estaba sola y se aburría. No era su culpa. Eternamente sola.

Doña Rubiela quebró la varita sobre el hilo de acero más alto y levantó, agresiva, la frente. Dio una mirada en derredor. Luego, corriendo ágil entre las matas del jardín, dueña ya de una decisión, volvió a la casa. Llegó hasta su escritorio, tomó una hoja de papel, y escribió:

Señor Témpano de Hielo,

Presente.

Deseo dar un paseo a caballo esta tarde a las cuatro. Me acompaña?

Rubiela.

Puso la nota en un sobre y llenó el recinto de sonoras palmadas.

–Yibo! Yibo!

Por una puerta lateral apareció un cholo moreno, de talla modesta y de robusto tórax.

–Mande la señora.

–Vaya usted al Ingenio y entregue esto al señor Gómez. Debe estar en la oficina del contabilista. Rápido.

El hombre brincó, obediente: músculo y fuerza sin voluntad rumbearon veloces hacia el Ingenio.

Doña Rubiela subió a la recámara para cambiar de traje. Irá? –se preguntaba–. Si dice que no, o, lo que es su costumbre, no contesta? Comenzó a desnudarse, lentamente, jugueteando con la seda tibia. Fue una tontería eso de escribirle. Era darle demasiada importancia. Desnuda ya, Doña Rubiela se miró en el enorme espejo del ropero. Ricardo no era muy delgado que digamos, pero a ella siempre le gustaron los hombres musculosos. Las cosas raras que se le ocurrieron la tarde que vio al cholo Yibo bañando un caballo en la acequia. Qué musculatura...! Qué fuerza!

Sobresaltaron sus divagaciones unos golpes en la puerta

del jardín.

–Sube, Yibo – gritó.

Inmediatamente, acercándose al pasillo, corrigió:

–No! Espera. Ya bajo.

Regresó, sonriendo, al tocador. Diez minutos más tarde estaba en el jardín. Un elástico andar de amazona, su impecable traje de montar, daban a su talle esbelto un delicioso aire deportivo. Yibo esperaba con un papel en la mano. Era la respuesta. Doña Rubiela lo tomó. El cholo se perdió entre los bambúes. Leyó:

Doña Rubiela:

Salga usted. La alcanzaré en Las Palmas.

Ricardo.

–Ha cambiado, ja! ja! Ha cambiado –exclamó, riendo, la mujer.

En la caballeriza, Malijo lucía gualdrapas rojas.

CAPITULO XVI

La señora Dasalla llegaba a Las Palmas. Detuvo el caballo y se dio a mirar en derredor. Una sonrisa fresca, juvenil, circulaba en sus labios. Por el camino del Ingenio un jinete avanzaba dejando atrás una inmensa polvareda.

Es él –pensó–. Y espoleando a Malijo, que piafaba nervioso, se dirigió a su encuentro. En cuanto se sintieron cerca los dos brutos se cruzaron sonoros relinchos.

–Qué dice el señor filósofo?

–Buenas tardes, señora.

–No soy tan vieja, Ricardo. Puedes tutearme.

–Pues... hágase su voluntad.

Malijo enarcaba el cuello, soltando espumarajos. Martillaba constantemente la tierra con los cascos.

–Hacia dónde vamos? Llévame. Tú conoces esto mejor que yo.

Ricardo sonrió. Hacía lo indecible por ocultar su excitación. Mil proyectos cruzaban su mente. Volviéndose a la dama, dijo:

–Magnífico. Entonces obedézcame.

Partieron al galope. Los caballos fuertes, ágiles, llenaban la tarde con un son de cascos. Doña Rubiela iba radiante. Amazona experta, hasta sus cabellos sueltos al viento habla-

ban de la vitalidad que guardaban sus curvas generosas. Gómez, por su parte, montaba con la pericia que dan los años de ejercicio continuo. Iban, en la tarde, triunfadores. A poco, Ricardo gritó:

–Pasando el puente viene un tren de carretas. Desviemos, por este trillo.

Dejaron el camino carretero. Por una vereda angosta siguieron paralelos, al galope. Doscientos metros después, Gómez advirtió:

–Detengámosnos para ver pasar el tren.

–De dónde viene?

–Este debe ser del Cerezo. Acaba de llegar el de Chumungú.

Fijaron la vista en el camino carretero. Gruesas nubes de polvo iban pasando. Espesas nubes chocolates. El ruido de las carretas aumentaba.

–Cuántas serán?

–Alrededor de cincuenta. No es grande.

La cortina de polvo persistía. El ruido de las carretas se hizo ensordecedor, y se las sintió enfrente, cien metros más allá.

–No veo nada, Ricardo. Dónde van?

–No puede verlas: el polvo lo impide.

La enorme nube se movía lentamente. Adelantaba llena de un estrépito abrumador. En su vientre, unos hombres que nada podían ver.

–Pero, es posible? No se asfixian?

–Ya están acostumbrados... Rubiela.

Se miraron.

La nube de polvo se alejaba lenta, perezosa, rumbo al Ingenio. Ellos reanudaron su carrera hacia los montes. A lo lejos, los cerros iban hacia el Norte. Frente a los equinos cruzó, tardo, un armadillo.

—Lo matamos, Ricardo.

–Tiene siete vidas.

Galopaban libremente. Los caminos dejaron de ser paralelos y se fueron distanciando más y más. Ante los jinetes se fue perfilando –isla solitaria– una arboleda. Por todas las distancias se abría tenaz la perspectiva verde de los cañaverales.

–Qué es eso, Ricardo? –preguntó Rubiela, señalando con el foete la arboleda.

–La Mata de Chumungú. Es el espanto de los que cruzan estos caminos de noche.

–Qué miedo.

Doña Rubiela echó a reír.

Los corceles saltaban, ágiles, los rastrojos y zanjas del camino. Cerca ya de La Mata de Chumungú, aminoraron la marcha. A trote corto fueron internándose entre los primeros árboles.

–Muy silencioso esto, Ricardo.

Adelantaron hacia el centro. Pasados los rastrojos que guarecen la entrada, ante ellos se abrió un amplio claro que tenía por techo la espesa copa de los mangos. Una calma profunda imperaba en medio de los árboles interminables. Detuvieron las bestias, y descendieron. Sobre un clamor de hojas secas, avanzaron hasta un limpio acogedor.

–Qué silencio: en verdad que esto aterra –dijo Doña Rubiela.

Su voz se fue alargando, de árbol en árbol, hasta perderse. Quedó entre las hojas una extraña resonancia humana.

Doña Rubiela no se cansaba de observar los árboles. Se los imaginó hombres paralíticos, iguales, indiferentes, sombríos, llenos con los lunares de sus frutos maduros. Ricardo la miraba, complacido. Dijo:

–Ven, te mostraré algo interesante.

Avanzaron entre los árboles. A veces, a través del follaje, vislumbraban sobre los cerros el crepúsculo sangriento.

Ante un tronco delgado se detuvieron. A la altura de dos metros ostentaba una cruz, grabada en la corteza a filo de machete. La mujer miró, curiosa:

–Esta cruz que ves aquí –Ricardo señaló con el garrotillo– marca el lugar donde fueron enterrados los restos del Teniente Becerra. Tenía fama de valiente –fue de los más bravos guerrilleros de Lorenzo–, y amigo desprendido. La última vez que lo vieron cruzaba frente al Ingenio, cabizbajo. Algunos le gritaron, respetuosos: "Güenas, Teniente!", pero a nadie contestó. Iba silencioso, como abstraído. Lo vieron perderse, camino del Cerezo. Dos días después encontraron su cadáver en este lugar, y aquí fue enterrado. Nadie ha podido explicar su muerte; ni falta que hace. Mas –aquí lo importante–, relatan los carreteros que, en las noches, en cuanto divisan esta Mata, comienza a incendiarse por el centro. Poco a poco crece la lumbre hasta hacerla completamente clara. Luego, desde una rama baja, una luz brillante, poderosa, ilumina todos los cañaverales y acompaña las carretas hasta Las Palmas, donde nos encontramos. Aseguran que aquí hay dinero enterrado –terminó Ricardo, marcando un sitio en el suelo.

Doña Rubiela, muy seria, quizá llena de miedo, se fue acercando a Ricardo. Por sobre la calma se sentían pasos misteriosos. Las pisadas, rebotando de árbol en árbol, ganaban una singular sonoridad.

–Me da miedo esto, Ricardo. Esos ruidos...

–Son animales del monte, que buscan comida.

CAPITULO XVII

Los hombres salían, cabizbajos, después de estar doce horas en el vientre de San Cristóbal.

Guardias de seis a seis! Toda una zafra sin saber del sol. Puja hambrienta la sirena poco antes de la aurora, y los hombres –hombres?–, llenos los ojos de legañas, estiran sus cuerpos doloridos. Entonces corren hasta la Fonda. Hay que comer. Y algo es el café ese, turbio –"zurimba"–, que hace Chana. Si aún el café demora, correrán un poco hasta el Comisariato y, con un trozo de pan en cada mano, irán lentamente hacia el Ingenio; hasta el anochecer, cuando la vieja sirena avise que otros hombres más cansados que ellos los vienen a relevar. Días iguales, zonzos, oscuros. Felices los cortadores del Cerezo porque cuentan con aire, sol y agua del río. Ellos, en cambio, tienen multas, accidentes, el zumbar implacable de las máquinas, el fogaje desesperante de las calderas.

Por eso andan cabizbajos. En sus cuerpos sin cerebro no hay emoción ni esperanza. Sus nervios son poleas; sus brazos, palancas; sus ojos, escapes. Todo en ellos es, desde hace mucho tiempo, azúcar. Sus lágrimas, azúcar. El sudor, azúcar.

Los dolores eternos, azúcar. Y sus pasos cansados, torpes, enexpresivo, tienen una rara semejanza con el golpe –tan... tan... tan...– de la volante.

§ • §

Salían, cabizbajos. Las sombras, espesándose, abortaban guarichas palúdicas en los ranchos. En el portal de la Fonda, una linterna desfalleciente.

Fueron allá los hombres. Pronto se encontraron, en la semioscuridad del recinto, las miradas opacas de los trabajadores. Esperaban, silenciosos, la comida.

–Poco queda, pero ya va! – gritaron desde la cocina.

En el centro de la mesa depositaron una paila de arroz. Luego otro plato –una pequeña batea–, ofreciendo un tasajo chamuscado. Era la cena. Muchas cucharas cayeron sobre el mismo plato; se oía un áspero sonido de bueyes rumiando.

–Agua!

–Una tula fue pasando de boca en boca. Habíase terminado la última comida del día.

Perezosamente, abandonaron la mesa y fueron recostando sus dolores en los rincones que los continuos bostezos de la linterna insinuaban. Allá, en frente, San Cristóbal. Sobre su techo largo, una espesa cabellera de humo. Como salida de la tierra, la grúa, incansable, poderosa, levantando toneladas de caña. En el batey, carretas a cada minuto. De vez en cuando, un aullido terrible, en el mismo corazón de San Cristóbal:

–Templa abajo! !

El tacho soltaba la primera cosecha.

–Pero estaban acostumbrados, y nada movía su interés.

Desde un rincón, una voz impersonal preguntó:

–Compa, y cómo le saldrá la semana?

–Mal, compa! Ya ni alcanzo!

Silencio.

–Y a usté, Casimiro

–Ansino no más! Sabe que me murtaron?

–Argo oí. Lo de siempre, manu!

De nuevo el silencio. Quebrábalo, a ratos, una expira-

ción larga, o un revolverse en el mismo puesto. También oíase, como sofocado, el golpe seco de una tos crónica. Pero siempre, dominante, el silencio, el mutismo introductor de la muerte.

§ • §

Algunas tardes, quizás porque salían menos hoscos del trabajo, los hombres, ya comidos, concertaban una tertulia intrascendente. Chisteaban, referían cosas anodinas, hasta que algún entusiasta sugería:

–Güeno, y qué si la armamoj esta noche?

–No taría mal.

–Er cristiano tiene que divertirse.

–Hay cabezote, puej?

–Chupampa tiene un argo.

–Güeno, arguien que avise.

Y era todo. Uno, que se había esfumado, reaparecía sonando un acordeón. Otro, envidioso, iba por un güiro. Y se armaba, en la noche, la cumbia:

–Me la llevo, me la llevo
me la llevo pa'l rastrojo
y despuéj que la tengo allá
yo solito...

Muchachas desgreñadas, de ojos enfermos, traídas tal vez a la fuerza, formaban rueda.

Cumbia! Cumbia! Aunque sin abuelos negros, prestas igual tu alegría grotesca. Gritos, cantos y música en unos rostros cuarteados, enfermos, moribundos. Tus quejas, siempre morenas, tienen, a ratos, pálido el tono. Trazos exagües que te dan los cholos que nunca emigraron.

–Me la llevo, me la llevo
me la llevo pa'l rastrojo...

El acordeón se hinchaba sin enronquecer. El güiro sumiso, dejaba que frotaran su espalda cortada. En la noche,

el monorrítmico son era una letanía desesperante. Mejor, una jaculatoria ante la extremaunción. Pero fueron llegando nuevos hombres y mujeres. Pronto la linterna sólo alcanzó a alumbrar la rueda del baile.

–Caray, Trinidá, jalamos un argo?

–Si tu voluntad ej, Chupampa.

Y comenzaron a moverse en el círculo. El acordeón se hinchaba y enrojecía. El güiro sonaba, superándose. Trinidad se movía haciendo temblar las nalgas; Chupampa la cubría, agresivo. Parábase la hembra; él se le enfrentaba. Y juntos, él con las caderas de ella, ella con las caderas de él, se fueron alejando hasta abandonar el círculo.

Ya en las sombras, sólo se divisaba la tímida linterna.

Se ahogaba, solitario, el estribillo:

–Me la llevo, me la llevo
me la llevo pal'rastrojo...

Se la llevaba. Unicamente la noche sería testigo, en el cañaveral cercano.

CAPITULO XVIII

Ricardo comparaba cifras en la oficina del contabilista cuando, de pronto, Chelapá irrumpió en la habitación. Venía pálido. Le notificó:

–Murió Asuncioncito

–Quién?

–Asuncioncito – repitió Chelapá.

–Qué Asuncioncito, hombre?

–El que tú mandaste la semana pasada a trabajar al conductor.

–Ah! – dijo Gómez, y siguió en la tarea.

§ • §

Asuncioncito era hijo de Cucho Añino, el que vivía cerca del Palotar. Cortador de oficio, madrugaba siempre y no volvía hasta el anochecer.

Al principiar la zafra, se contrató para cuidador de esos lugares a un sujeto que nadie conocía, procedente de Chiriquí. Recién llegado, Ricardo tuvo ocasión de hablarle. Después de cruzar pocas palabras, Gómez dijo a Chelapá: "Otro asesino!" Y no supieron más de él.

Cierta mañana, poco antes de desayunar, Andrea, la mujer de Cucho Añino, preguntó:

–Oye, Asunción, nu's aquél er cuidador?

–Er mesmo, mama –respondió un muchacho no mayor de trece años.

–Qué buscará?

–Sepa er diablo, mama!

Hasta la puerta de la cerca llegó el hombre, mostrando unos dientes disparejos.

–Buenos días todos por aquí –saludó el recién llegado.

–Buenos días siñor. Apéese – invitó, solícita, la mujer.

–Cómo está esa tortilla?

–Ahorita mesmo ejtá.

El cuidador –una cara angosta para unas patillas largas y espesas–, llegó hasta una banqueta, junto al bajareque, y se sentó. De los cañales llegaban gritos y maldiciones. También el chillido de las carretas, rengueando de uno a otro lado. Sobre una piedra, el niño miraba lánguidamente la cazuela con la tortilla. La mujer, entregada a su labor, no volvió a parar mientes en el visitante hasta cuando éste, con una sonrisa discutible, dijo:

–Oye, Asuncioncito, búscame unos cogollos para el Bayo.

–Cómo dijo señor?

–Que me consigas unos cogollos para el Bayo –repitió el forastero.

–Enseguidita, señor –accedió el niño, armando carrera hacia los cañaverales.

El sol comenzaba a calentar y las huertas soltaban un vaho suave que llegaba a mezclarse con el fresco olor de la boñiga. Un perico, sobre una estaca, balbuceaba incoherencias. Próximo a la cerca, un perro recién traído dialogaba con las pulgas.

El cuidador comenzó a llenar de pasos la ranchería. Cargados los ojos de malicia, miraba constantemente a la mujer, hasta que muy cerca a ella, dijo:

–Ajo, Andrea, lo buena moza que estás.

–Ah, pues,! El señor siempre con sus cosas –respondió la mujer, sin sacar los ojos de la cazuela.

–La verdad es. Me gustas.

–Pero yo tengo marío.

–Eso no tiene nada – replicó el cuidador.

Una gradual exaltación enrojecíale las pupilas golosas.

La mujer nada dijo. El insistió:

–No tiene nada te digo. A lo mejor noj vamo, puej.

–No, señor!

El hombre detuvo su andar y simuló que meditaba. Tenía los ojos inyectados y se halaba los dedos. Del cañaveral llegaban gritos. Sólo gritos. De pronto, el cuidador se abalanzó sobre la mujer y, abrazándola, dijo:

–Te digo que sí!

–Mire que nus pueen ver

–No seas zoqueta!

–Que puee venir Asuncioncito!

–No puede, está ocupado... Vamos para adentro –gritó.

–No!!

–Sí!!

–No! No sea mardito. Déjeme!

–Sí, he dicho! – y la empujaba hacia el interior del rancho.

–Pero, señor...

En eso, entre los gritos que venían del corte, una voz fina anunció:

–Señor, ya'stán los cogollos.

Desde lo más oscuro de la casa, desde el mismo jorón, la voz gruesa del hombre reventó:

–Busca más!

–Y'si es bastante, mire usté – insistió el niño.

–Te he dicho que busques más.

Asuncioncito no regresó al corte. Huraño, con los ojos llorosos, esperó en silencio, sobre una banqueta.

Momentos después apareció el cuidador, y, sorprendido de verlo allí, gritóle algo que él no pudo comprender. Mas como no respondía, el hombre que vino por tortilla esgrimió resuelto el garrotillo y le cruzó la espalda a latigazos.

Asuncioncito huyó. Huyó por esos caminos solitarios, soltando a veces una lágrima que el suelo tostado paladeaba.

Al principio fue una fuga: apartarse de los latigazos salvajes. Pero, después, entre los cañaverales, tal vez chupando caña, resolvió alejarse para siempre. No volver. No podría estar allí callando al padre lo que sabía, o viendo a su madre ir y venir, callando también.

Fue entonces cuando tropezó a Chelapá. Lo conoció al comenzar la zafra, cuando trabajaba de aguatero en el Cerezo. Y a Ricardo también. Y por eso díjole, resuelto:

–Chelapá, mire usté: vengo de lejos y quiero trabajá.

Este, luego de mirarlo, respondió entre risas:

–Muchacho, busca los trapos de tu mama. Apura, que te puede coger la noche caminando.

Entonces relató toda la historia. No hubo detalle que olvidara. Por último, para que no hubiera dudas, mostró la espalda lacerada.

Después de contemplar por algún tiempo las huellas del cuero crudo, Chelapá púsole la mano sobre el hombro. Juntos fueron hacia Gómez. Al siguiente día, Asuncioncito ejercía como estibador de cadenas.

El trabajo era duro, sobre todo por el polvo. Esa polvareda que levantaban los vehículos que llegaban a descargar, y que el viento metía por todas partes. No se le pelaron las manos gracias a los callos. Pero en las noches, cuando se recostaba al bagazo, sentía fuertes dolores en los huesos. Quizás ahora, muerto, esos huesos delgados no le duelan tanto.

§ • §

Acababa la grúa de descargar una "zorra". Sobre el suelo quedaron tendidas cuatro cadenas de las que usan para la suspensión. Como fuera necesario despejar el conductor, pues nuevos transportes aguardaban, alguien, seguramente el manipulador de la grúa, gritó:

–Asuncioncito, te come er tigre!

El chiquillo, escondido tras de la estiba que había formado arrastrando cadenas, soltó la caña que chupaba y corrió espantado hacia el conductor. Recogía las cadenas cuando un cable se rompió. Toda la maquinaria –una viga lárga de acero– de la grúa se vino al suelo.

–Ay!! Ayayay!!!

–Se ejbarrancó er güinche!!

–Para er trapiche, Juancho!!

Eran voces conocidas que se alzaban desde el vientre de San Cristóbal.

–No! Que nadie se mueva. No ha pasado nada –gritó el apuntador.

Algunos curiosos abandonaron los puestos y se asomaron por sobre la baranda que cubre Las Prensas y Los Dobles. Otros, los vagabundos que siempre merodean en el Batey, se acercaron. Todos mudos, inalterables, miraban fijamente hacia esa parte del suelo que aprisionaba la grúa.

–Quién fue?

–Yo nu sé.

–Quién fue?

–Dicen que'r Asuncioncito.

–Caray, y yo que se lo dije!

–Y yo también!

–Por goloso.

–Y qué puee hacer er cristiano?

Se consiguió un tractor; conectaron un cable nuevo;

todos metieron el hombro y poco a poco fue cediendo el macizo brazo de acero.

Ante el asombro de los que aguardaban, se iluminó momentáneamente el rostro de Asuncioncito con el último chispear de sus ojos; intentó levantarse, mas rodó exánime, botando sangre por la boca y los oídos. Uno de los espectadores, conmovido, se acercó y dijo:

–Cómo te sientes, Choncito?

Por toda respuesta, la sangre continuó saliendo. Los hombres quedaron mudos, consternados. Centelleante, la voz del cuidador los volvió a la realidad.

–Este muchacho no sirve. Sáquenlo.

–Nu se le hará cura, señor?

–Para qué?

Rato después la caña caminaba lenta por el conductor en medio de la algarabía de los hombres que pedían trabajo.

§ • §

La muerte de Asuncioncito consternó a Chelapá. Fue una emoción honda, extraña. Un poco paternal quizá, porque se le antojaba que él tenía parte de culpa en su trágico fin. Fue él quien lo llevó a morir. Tal vez de haberlo obligado a regresar, el niño hubiese vuelto a sus padres y viviría.

Pero ahora, ahora sólo quedaban de Asuncioncito manchas de sangre en el batey. Cómo era posible que Ricardo permaneciese indiferente? Cómo era que seguía comparando cifras cuando un niño acababa de morir?

–Ricardo –volvió a decir casi gritando–, Asuncioncito está muerto.

–Ya lo dijiste– respondió Gómez, sin levantar la cabeza.

Chelapá bajó las escaleras. No era sólo la muerte de Asunción. Debía ser otra cosa más profunda, más amplia. Seguramente, la nostalgia de no ser ya campesino. De no ser parte íntima de la tierra, como en otros tiempos. O, acaso, la suma de todo lo que había visto. Recordaría siempre el rostro

del hombre de Río Chico. Cuidó nueve meses su cañalito. Bajo palabra prometieron en el Ingenio comprarle. Hizo junta, y cortaron. Buscó amigos y cargó diez carretas con las que, feliz, se encaminó al Central. Mas, a pocos metros del batey el cuidador paró el tren y dijo:

–Amigo, puede volverse. Hoy no se le puede recibir.

El hombre no lo quería creer.

–Siñor, yo toy apalabreao con el amo. Me mandó traerlas – explicó.

–He dicho que no!

Cómo era posible? Su caña, su vida, un año entero de trabajo, se perdían? Qué podría hacerse con esa caña cortada? No tenía ganados. Nadie querría comprarla, y veinticuatro horas de sol la secarían. El hombre permaneció silencioso, los ojos fijos en los bueyes. Los otros, los que vinieron conduciendo las carretas, aguardaban indecisos. Esperaron poco. Unos desconocidos –guardianes–, sin explicar cosa alguna, cortaron las cuerdas y lanzaron al suelo las esperanzas del cholo. Luego, los obligaron a abandonar la Hacienda. Mas, en la noche, el campesino de Río Chico regresó. Sentóse sobre una de las rumas que hiciera con su trabajo, y aguardó. Dos días pasó mudo, inmóvil, mirando su caña. Nuevamente lo empujaron hasta la puerta. Entonces no volvió. Ya la caña sólo era viruta seca que pronto el viento arrastraría.

El rostro del hombre defraudado, de ese campesino de Río Chico, Chelapá tendrá que recordarlo siempre.

CAPITULO XIX

Ricardo y Rubiela vivieron un amor sin liturgia, primitivo, un amor de carne a carne. Les fue el campo generoso aposento: siempre improvisó recodos para su pasión. La madrevieja solitaria de un río que murió tiempos atrás; un trillo nuevo en los cañaverales, que prestaría cómodo lecho de hojarasca; la misma mata de Chumungú que desdobló su misterio y se ofreció, solícita, llena de un silencio cobijante y del clarear de sus frutos dorados.

Pero, con todo, comprendieron que no podían amarse. Empezaron a sospechar su fracaso. Porque seguían íntegros, inabordables, fieramente resueltos a no entregar su intimidad.

Para Doña Rubiela, Ricardo fue, en cierto modo, una nueva decepción. Aunque se comportaba tal cual ella imaginó. En realidad, había sido distinto a todos los hombres que conoció. El más niño, tal vez. Pero, también, el más honesto y generoso. Lo sabía tímido y huraño, y creyó vencer su desconfianza. Pero se equivocó. Empezaba a sentirse extraña a Gómez, a pesar de que, frecuentemente, se desesperaba pensando en el momento que levara anclas. Sin embargo, estaba segura de que no era por el hombre. Ultimamente iba siendo víctima de una dulce languidez, de un deseo de calma que no podía explicarse. Pensó que fueran efectos de la vida campestre, o que, al fin, su cuerpo se rendia de placer. Y se horrorizó al suponer que el espíritu, ante ese compromiso que es la vejez

o la muerte, se da a meditar, se torna contemplativo y se apoya en el recuerdo.

Ricardo, por su parte, tuvo miedo a la Dasalla. Tuvo miedo a la mujer que vino hasta San Cristóbal para apartar las telarañas de su pasado oscuro. Desde un principio le gustó, pero la creyó superficial y vana, y quiso unir al placer la venganza. Ella representaba la ciudad que un tiempo lo estranguló, forzándolo a buscar la amistad de los tinacos, y no pudo sustraerse al recuerdo de su noches dolorosas tras el viejo balcón. La supuso dócil, entregadiza y, con los labios contraídos, pensó como años atrás: el aventurero que conquistaría la ciudad. Sin embargo, a medida que la conoció mejor, la fue viendo tal como era: desgraciada, inconforme, perdida en la maraña de un vivir sin objeto. Y llegó a temerla, precisamente por saberla débil y frustrada. Ricardo sintió el deseo de poner fin a la aventura, cuyo porvenir, por lo demás tornábase problemático.

Fue Rubiela, preocupada y triste, la que le dio solución a su problema. Era la última tarde que estarían solos. Al siguiente día regresaba Don Eduardo. Llegaron a la mata de Chumungú cuando la tarde moría, victoriosa, entre los árboles. Los cerros, el perfil sangriento, se insinuaban tras los ramajes. Constantemente se oían las carretas transitar.

–Sabes, Ricardo? –dijo Doña Rubiela– con un aire serio. Esa Petita me espanta.

–Es una buena muchacha.

Ricardo recordó la mozuela de antes, lozana, fresca, tostada en los arenales del río.

–Ayer a mediodía, mientras descansaba en la sala, le pedí un vaso de gua. La noté seria, como molesta, y pensé que tal vez quisiese decirme algo. Su traje negro, sus largas trenzas tocándole la cintura, me impresionaron siempre. Resolví hablarle.

"–Qué te sucede, Petita?

"–Me miró fijamente y, con lentitud, fue soltando estas

palabras:

"–Usted pasea con Ricardo.

"–Sí, hemos cabalgado un poco –respondí yo, sorprendida.

"–Fueron a la mata de Chumungú! –afirmó.

"–Qué estás hablando? –le dije.

"–Ella, con los ojos fijos, mirando al suelo, me advirtió:

"–Una tarde, en el jardín, la vi junto a la cerca".

–No habló más, Ricardo, y se alejó portando la bandeja. Segura estoy de que lo sabe todo. Después la he visto igual, mirándome, y tengo la sensación de que me espía. Su figura, toda en negro, me obsesiona.

–No es para tanto. No puede saber nada.

Doña Rubiela quedó pensativa, mirando inexpresivamente hacia la parte por donde el sol agonizaba. Ricardo, a su vez, despertó: la Petita. Sus crenchas largas, húmedas. Su brincar ágil entre los matorrales. El Cerezo. Debía regresar. Ya era tiempo. Necesitaba saber de Eduardo Herrera, escuchar a la Isabel. Sí, tenía que huir, irse a su ranchería. Un hombre sólo se salva si llega a ser él mismo.

–Me he sentido un poco mal, Ricardo –dijo Doña Rubiela, en dulce tono.

–Son los años.

Vieja... los años... La mujer se llevó los dedos hacia la comisura de los ojos y palpó unas arrugas diminutas, que notó más acentuadas y sintió amenzaban alejarse por el rostro. Pensó en su hijo. Teddy estaba grande. Pronto sería un hombre. Las últimas noches se había dormido sin que fueran necesarios los cuentos.

–Vieja, eh?

La voz tenía ahora un dejo melancólico.

Ricardo no intentó consolarla.

CAPITULO XX

Poco, muy poco sobró del pagamento: vales para la fonda de Don Eduardo; vales para el comisariato de Don Eduardo; multas de Don Eduardo. Poco fue lo que sobró. Una parte será para el "cabezote". Caro, es cierto, pero necesario. "Cabezote". Si pudieran estar siempre borrachos... La otra parte... ah, la otra parte...

Chelapá andaba los últimos días más preocupado que nunca. Ricardo no era el mismo. Tampoco le gustaba la señora de la casa grande. "Jum, mal comienzo, triste fin", rumiaba muy adentro. Quería volver al Cerezo. No! No era su tierra, pero le había tomado cariño. Sus amigos eran de allá. Por otra parte, el Ingenio no se cansaba nunca. Le atemorizaba verlo constantemente trabajando. El Cerezo era distinto. Quería regresar a aquellas tierras.

Meditando, cruzó el escampado hasta la fonda. Iba a tomar café. Unas voces, hacia el costado de la casa, le orientaron. Bajo un alero al socaire, unos hombres seguían, anhelantes, la carrera de unos dados sobre la mesa que alumbraba una guaricha. Pinta! Pinta en la callada noche de San Cristóbal! Negra la suerte y negra la esperanza! Corran los dados su feroz carrera, que por sobre todas las cosas está el eterno roncar de San Cristóbal. Pinta! Pinta de los vagabundos! Mueca burlona de los que no temen morir. Voces de huesos marcados que graban frases definitivas: ases, quina, tres y dos.

Chelapá llegó hasta el cerco que rodeaba a los dados. Algunos levantaron la vista, invitándole:

–Jondeái, Chelapá?

–A ver si te parai, hombe!

Pero Chelapá rehusó. Dando un rodeo se colocó de espaldas al bajareque. El juego continuó, quebrando esperanzas, bajo la nerviosa luz de la guaricha.

Los dados, en el centro de la mesa, quedaron un segundo irónicos, mirando con sus diez caras hacia todas partes. Fue sólo un segundo pues, nervioso, alguien los apretó en el hueco de la mano, gritando:

–Paráa!

Uno, obediente, dividió un peso:

–Cinco y cinco, pues.

Tres y dos – ofreció otro.

–A sus cinco voy.

Se oyó el sonar inhumano, seco, de los dados. Bendiciones y palabras extrañas. Los hombres siguieron con mirada ansiosa la fugaz carrera de los pequeños cubos.

–Cuadras son! !

–Te caíste

–Te pelaste!

–Toi de mala – justificó el perdedor.

Silencio profundo rodeó la mesa. Unos miraban, compasivos, al de la mala suerte; otros contaban, desconfiados, sus reales en pelea. De pronto, el caído, arrebatando los dados, volvió a gritar:

–Paráa!

–Tire peso y peso – largó un hombre pequeñito.

Se alistaron para la jugada. La emoción inyectó los ojos enfermos de insomnio. El que llamara, ante lo definitivo de la acción, se dio a invocar la suerte, esa señora coqueta de un

solo parecer: frotó los dados con ardor; los abanicó dulcemente; les dijo palabras cariñosas. El otro, que seguía todos los movimientos del contrario, se aprestó a la defensa. Así, cuando aquél lanzó los dados sobre la mesa, éste, extendiendo el brazo, gritó:

-Barajo!

Y al conjuro de esa palabra, aceptada por todos, el tiro quedó nulo, sin efecto. Unos pasos que se aproximaban contuvieron la jugada.

-Quiay, señó Ricardo!

-Quiay, señó!

-Buenas noches!

Chelapá se acercó a Ricardo. Tomándolo del brazo le dijo:

-Te buscaba desde prima noche.

-Andaba en diligencias.

Ya no había golpes de dados ni imprecaciones a la muerte. Sólo la noche. La noche de San Cristóbal llena del temblor de sus máquinas devoradoras. Ricardo y Chelapá caminaron un rato, y el último, como si fuese un secreto que estuviera a punto de explotar, dijo escuetamente:

-Me voy Ricardo. Me voy al Cerezo.

Nada le respondió el amigo. Chelapá continuó:

-Allá es distinto. En los cañales uno está mejor. Aquí, el Ingenio, bueno, tanta máquina... Fíjate Ricardo, hoy...

Chelapá habló como quien arma una conversación consigo mismo. Los ojos lejanos, oteando quizás los horizontes de su sentimiento, sin pena alguna por la nostalgia de aquellas tierras, los parajes del Chuzo, allá en las orillas del Río Grande. Tal vez el lance que viera en la mañana tenía mucho que ver con su determinación de emigrar.

Serían las once cuando Míster Malley ordenó el paro del trapiche para reparar un ligero desperfecto. El estaba en esos

momentos vigilando el bagazo porque, cuando tal cosa sucede, el trabajo allí se triplica. De pronto, se oyó la voz restallante del apuntador:

–A trabajar, cholos bribones!

Los hombres se doblaban, presurosos. Ahora tenían ellos que suplir el combustible que el trapiche, una vez molida la caña, envía regularmente. Por eso la tarea se triplicaba. También aumentaba el trabajo para los negros cargadores de leña. Esos negros altos y viejos, con los ojos casi cerrados, sin dientes, de salivas negras y sonoras, mascadores de tabaco. Esos negros que se ponen rojos al fuego vivo de la calderas; que se mueven lentos, pero firmes, bajo los pesados troncos de leña que arrojan a las fauces crepitantes de las llamas; esos que duermen parados, que casi no comen ni beben agua. Negros que terminan dejando la vida colgada a las telarañas del Ingenio... Sí! Para los cargadores de leña el trabajo también se triplicaba.

La voz del apuntador sonó de nuevo seca, seca siempre, como un cuerazo:

–Desgraciados, apuren! !

Los hombres se esforzaban, se apresuraban, más los ganchos son de acero y pesan mucho. Y la ruma de bagazo seguía igual, inacabable! Parecía un cerro inmenso. De momento, todos detuvieron la labor: un hombre, caído desde lo más alto, iba hacia la cadena, camino de la muerte.

–Aguanta! Aguanta!

Pero, en San Cristóbal esas voces no cuentan. Lo que no significa azúcar no tiene traducción. Sólo los cholos pelearon su presa a la cadena. Cuando lograron sacarlo era tarde: había perdido los brazos.

–Pobre Chalo

–Si pué!

–Mejor tar muerto!

Terrible realidad en San Cristóbal. Desgracia definitiva

para Chalo Ureña: porque cholo sin brazos es hombre muerto.

Sin elocuencia. Sin exageración. La verdad. Sencillamente la verdad contó Chelapá a Ricardo, con frase seca y amarga. Y terminó:

–Yo me voy, Ricardo!

Gómez, mirándolo fijamente, le respondió, como si hiciera esfuerzos para decidirse:

–Nos vamos, Chelapá.

En la noche se oyó un mazo de caña que rodaba desde la estiba.

Llegó el día que Ricardo y Chelapá señalaron para el retorno al Cerezo. Atendieron a su trabajo, como siempre. Al doblar la tarde, Chelapá fue sendero del Comisariato. Pagó con monedas. Detestaba el uso de vales pues, de nuevo aquí, Ricardo advirtióle el peligro de su empleo.

Esa tarde una sonrisa entera distendía su rostro amplio. Tabaco de muchos años brillaba en sus dientes. Polvo de muchos caminos iba poblando sus arrugas. Pero, esa tarde era feliz. Volvería al Cerezo. Regresaba a esas tierras secas, amarillosas; a los cañaverales, al Río Grande, cobrizo y eterno, siempre mozo, fuerte siempre. Debía faltar poco para las seis. Media hora antes de que San Cristóbal llenara el crepúsculo con su sirena hambrienta, iría solo hasta llegar frente a la Mata de Chumungú, para gritar a Ricardo. Entonces, juntos otra vez, tomarían el trillo del Cerezo. Galoparían tras las profundas carriladas en la frente del camino que pronto el invierno iba a cubrir de lodo.

CAPITULO XXI

Ricardo adelantaba unos balances en la oficina del contabilista, único lugar del Ingenio donde se podía trabajar con alguna tranquilidad, cuando unos golpes en la puerta anunciaron visita:

–Adelante – invitó Gómez.

La puerta se vio angostada por las amplias dimensiones de Don Eduardo Dasalla. Con una suave sonrisa, se aproximó.

–No me agrada mucho eso de que usted regrese al Cerezo. Aunque, después de todo, el corte está atrasado. Necesito una mano fuerte allá.

Tomó al azar unos cuadernos, que miró como distraido, y agregó:

–Quiero verlo en mi casa el día que termine la zafra. Haremos fiesta.

–Gracias, señor Dasalla.

Ricardo se levantó: habia terminado. Don Eduardo siguió hojeando los cuadernos.

–Cómo encuentra la zafra? – preguntó.Don Eduardo.

–Sencillamente halagadora. El contabilista tiene cifras asombrosas.

–Cierto. La producción de este año hará época.

Ricardo caminó hacia la percha en que colgaba su sombrero. Volviendo a Don Eduardo, le tendió la mano, a manera de despedida.

Ya en la puerta, la voz de Don Eduardo lo alcanzó.

–Ah, Ricardo, me olvidaba: mi señora lo espera para cabalgar. Cosas de mujeres, usted comprende.

Gómez no contestó. Bajando las escaleras oyó de nuevo la voz de Don Eduardo:

–Cuídela Gómez; es un poco impulsiva.

Ricardo sonrió.

§ • §

Aquel camino, abierto al Norte, los alejaba de ese Ingenio con sombrero de humo. Así, rumbo hacia cualquier horizonte, cuando se bebe la tarde sobre el lomo de los caballos al galope, sin quererlo se olvida la suerte de los hombres cautivos entre máquinas; se deja al viento que corre al Sur esa vida absurda de engranajes, escapes de vapor, golpes de poleas.

Galopar...! Galopar! Los cascos se tragan el llano, la brisa peina el cabello. A la izquierda, una conversación de cerros y nubes. Al frente, más allá, tras la vuelta del Chorrillo y pasados los montes del Palotar, el Cerezo. Tierra seca, tierra huraña pero llena de senderos. Trochas cortas, andariegas; sepulturas de huesos desconocidos en donde se tropieza la risa sin tiempo de algún esqueleto; trochas dispuestas a morir el día de mañana, cuando su trazo no lleve a montes necesarios.

Galopaban hacia la Mata de Chumungú. Esta vez no había música ni risas en la tarde, rota en pedazos de arreboles. Iban silenciosos. Doña Rubiela, serenamente bella, clavaba la mirada a lo lejos, como quien dardea una esperanza que se esconde. No brillaba en su rostro aquella espléndida sonrisa, aquel supremo desenfado con que parecía vencer al tiempo. No! Estaba tranquila, como la faz estática de esa sabana de cañaverales ahora que el viento sabe Dios por qué piedras jugaría.

Ricardo, el sombrero de pintas caído sobre la frente, seguía con los ojos fijos el agua que caminaba, lenta, por los cañales de regadío. Sentimental incorregible, tenía conciencia de que esta nueva fuga suya era una nueva cobardía. En un tiempo fue la idea del triunfo: avanzar, avanzar. Luego, de pronto, descubrió que retrocedía, regresaba. Así empezó esa fuga permanente que ha llegado a ser su vida.

Sobre el galope, una ligera sonrisa trajo colores al rostro de Doña Rubiela. Sí, sí, ella había ganado, había ganado! Y esto, que otras veces la hubiera llenado de cólera y desesperación, ahora la consolaba, rubricaba en ella cierto triunfo sobre la vida. Lejana, desprevenida, Doña Rubiela soltaba una mano de las riendas y acariciábase el vientre. Ya no le espantaba el tiempo. El infinito asusta con la posibilidad de pasar sin dejar huellas. Y de pronto sintió un inusitado desprecio por todos los hombres, por sus frases ridículas, por eso que ellos mismos llaman voluntad y carácter. Nunca aman a la mujer; se aman ellos mismos. Todos sueñan con ser reyes aunque el reino sea un cuerpo fácil, viejo o enfermo. Bah!

Miserables! Soberano es el tiempo! No usa voces chillonas, no hace teatro, nada pide. Pero cobra. Avanza. Camina. Con paso pertinaz pero exacto, dejando una estela de rastros en la cara.

Los ojos de Doña Rubiela chispearon repentinamente ante la presencia de la Mata de Chumungú. Siguiendo el trillo llegaron al claro conocido. Ya la Mata era amiga. Ya no tenía misterios para ella. Esos árboles, testigos paralíticos, no le daban miedo.

–Ricardo – dijo, levantando la vista–, hay algo que no te he contado...

–Muchas cosas hay que no me has contado, Rubiela.

–No me interrumpas. Recuerdas aquel muchacho de quien te he hablado últimamente...

Quebrando el silencio de la Mata, haciendo trizas el sueño de la hojarasca, llegó la voz:

–Ricardooo! Ricardooo!

Doña Rubiela palideció. Pudo ser de asombro o de cólera. Quién era el que invadía sus secretos; quién desafiaba el misterio de la Mata de Chumungú?

–Ricardo, quién te llama?

–Es Chelapá. Me voy, Rubiela.

–Te vas? Hacia dónde?

–Al Cerezo, Rubiela. A mi gente.

–Pero Ricardo, yo...

Gómez adelantó unos pasos hacia el caballo. Doña Rubiela corrió tras él. Tumbándole el sombrero, cubrióle el cuello con sus brazos.

–Ricardo, me dejas...?

No tuvo respuesta. Ricardo intentó seguir hacia el caballo. La mujer, aferrada al cuello, abrazándolo con desesperación, soltó a reír, presa de un temblor incontenible, con risa histérica, tremenda, mojada de lágrimas.

Gómez pudo deshacerse y alcanzar el caballo. Se iba como un fugitivo, con el látigo de una voz a la espalda.

–Perdiste, Ricardo Gómez, perdiste! – gritaba Doña Rubiela.

Por sobre todo, regresó el grito:

–Ricardooo! Ricardooo!

Allá en el centro, entre aquellos hombres verdes e inmóviles, quedó erguida la carcajada. Una risa que se llevaría para siempre en los oídos.

Tal vez esa noche la vieja luz salió a vagabundear y de nuevo la Mata de Chumungú fue el espanto de los camineros.

CAPITULO XXII

San Cristóbal conservó su ritmo. Las centrífugas continuaron danzando sobre sus caderas de bronce y la grúa, en el batey, siguió incansable levantando mazos de caña. Formábase a veces, frente al Ingenio, una fantástica estiba, de cientos de toneladas, visible a distancia, y desde cuya cima los acomodadores parecían pigmeos que se movieran, cautelosos, evitando los torpes movimientos de la grúa. Del Cerezo, de Chumungú, del Palotar, del Seco, llegaban siempre, matemáticos, carretadas y convoyes de caña. En la casa grande todo seguía igual. Algunos carreteros del Cerezo preguntaban por la Petita: traíanle razones de la Isabel y de quienes la recordaban, pero nadie la veía. Noticias de ella, ninguna.

Una noche, un ligero calofrío recorrió la piel de San Cristóbal. Algunos la vieron. Intentaron seguirla, pero fue inútil. Era una mujer vestida de negro, cubierto el rostro por una espesa cabellera. Pasó frente a la pesa, y tomó el camino del Cerezo. Carreteros que venían la encontraron en Las Palmas: los bueyes se espantaron y nadie pudo verle la cara. Hubo quien le habló. No obtuvo respuesta. Más allá, frente a la Mata de Chumungú. Iba veloz, sin rostro. Sombra fantástica que corría rauda, sólo dejando sobre el polvó la fina trencilla de sus pasos. La vieron cruzando el puente del Chorrillo: no tenía rostro, ni brazos; era un espanto negro que iba hacia el Cerezo. Más oscura que la noche misma, tiznó de temores

§ • §

Aún las sombras enarbolaban pendón cuando Gómez, a caballo, y Chelapá, con el suyo de la mano, se llegaron hasta la hornilla de Isabel, para desayunar.

–Madrugaíta, salomeros – saludó la Isabel.

–Madrugada tenemos – respondió Chelapá.

Sentáronse cerca al fogón. El viento seguía quieto. Hasta cuando el sol brillase con fuerza tendrían mosquitos. Los ranchos vecinos, también los distantes, despertaban guiñando el ojo de sus fogones. La Isabel iba y venía, silenciosa. Se diría que ya no recordaba a la Petita, su hija. De pronto, volviéndose a los hombres, como si confiara un secreto de vida o muerte, dijo en bajo tono:

–Saben ustées lo que dijo Chuzo? "Cosas grandes pasarán que toos ustées verán". A too er mundo que topó dijo lo mesmo. Aquí tamoj amachinaos.

Ricardo sonrió, escéptico. Chelapá, por el contrario, tuvo toda la seriedad que las palabras de Isabel reclamaban. Ella volvió al silencio, sin reparar en la sonrisa de Gómez, y fue luego a servirles.

Razón tenía la Isabel. Cada uno de los hombres que tropezaron camino de los cañaverales dijo lo mismo:

–Cosas grandes pasarán que toos ústées verán. Tal dijo er Chuzo.

Era una advertencia. Convencidos de que las palabras del viejo, siempre parco en el hablar, tenían fuerza divina, pretendían evitar de este modo que las "cosas" anunciadas los tomaran por sorpresa. Durante días y días no hicieron otra cosa que rumiar esas palabras. Y hasta hubo algunos –no contratados– que emigraron. En las tertulias nocturnas mascaban tabaco clavando sonoros escupitajos, que se esparcían en raros signos. A esas salivas locas iban a buscar la significación de las palabras de Chuzo. Esperaron, asimismo, que el viejo volviera, pero nunca más fue visto. Y ahora el viento. Parado desde hacía tres días. Todas las cosas, todas, estaban tristes.

Los animales no querían trabajar:; ellos mismos, también, dejaron de bañarse en el río porque, de dónde vendrían las "cosas" de Chuzo? Ah! Suerte del cristriano: nunca está bien; siempre peor.

"Cosas grandes pasarán que toos ustees verán".

Era ya un acento impersonal, que iba de boca en boca, como la advertencia de un castigo inevitable.

CAPITULO XXIII

Serían las once de la noche. No había asomo de que el viento regresara. Eduardo y Chelapá – guardias voluntarios bajo el corotú– avivaban un insomnio inexplicable con el humo de sus tabacos. Rato tenían de estar allí cuando Chelapá, estirando los músculos, insinuó la retirada. Ante la elocuencia del gesto, Eduardo, comprensivo, se dispuso a partir también. Súbito, una intensa claridad, sobre el cielo del Oeste, llamó la atención de Chelapá:

–Compa, mire p'allá.

Obedeció el compañero, y miró hacia el lugar indicado. Era como si la aurora se adelantase. Una amplia bóveda rosa se afianzaba sobre los cañaverales del Seco, próximos a las isletas.

–Quema –dijo Chelapá.

–Es por el otro lao der río – añadió Eduardo, sin prestar mayor atención.

Inmediatamente se despidieron:

–Hajta madrugar, compa.

–Hasta mañana, Eduardo.

Una brisa suave, fría, empezaba a llegar, por fin, del mar.

§ • §

No había pasado una hora cuando Ricardo y Chelapá fueron despertados violentamente. Frente a ellos, sombrero en mano, los ojos desorbitados, Eduardo Herrera. Gritó:

–Los cañales tan prendíos.

Y se alejó corriendo, como desesperado.

Con rostros inexpresivos, medio dormidos, se sentaron en las camas: imposible comprender. El cielo, tinto en sangre, reflejaba el resplandor del incendio. Saltaron fuera de la ranchería, y entonces supieron la verdad: cierto, el cañaveral ardía! Y de qué fantástica manera! Millas y millas de hojarasca encendida.

Corrieron hacia los ranchos amenazados. Soplaba firme, desde el mar, como anuncio de invierno, un viento desacompasado, que lanzaba a la cara bocanadas de humo caliente, enceguecedor. El traquear de la caña ardiendo, el mismo rumor de la candela, junto al quejarse de los animales sorprendidos por las llamas, infundían pavor en los ánimos. Todo parecía inútil; todo. Los hombres resultaban pequeños, impotentes. Pero fueron llegando otros campesinos. Mujeres desgreñadas, con ojos muy abiertos, niños azorados, llegaban hasta el sitio donde Ricardo y Chelapá, como clavados en tierra, contemplaban, angustiados, la acción devoradora del fuego. De pronto, sobre el clamor de la hojarasca prendida, se oyó una voz ronca:

–Los ranchos... Los ranchos!

Corrieron las mujeres con cántaros y latas. Los hombres agregaron sus sombreros. Fue una romería de fantasmas que bajaban, llenos de espanto, al río. Volvieron con el agua, pero... demasiado tarde. Cogollos ardientes cruzaban el cielo púrpura; ramas desprendidas por la brisa iban, veleros de muerte, sembrando desolación. Y tres ranchos incendiados aunaron sus penachos a la hoguera feroz en que se consumia la noche.

Los chiquillos saltaban, como locos, gritando a sus padres. Hubo uno que corrió, enceguecido, hasta perderse entre

las llamas. Los hombres iban y venían para detenerse, por fin, irresolutos.

Hacia el otro lado del claro donde estaban las chozas, el cañaveral comenzó a arder con furia incontenible. Entonces fue el bramar de los bueyes, dentro del corral. Se avalanzaban contra las cercas, soltaban berridos escalofriantes. Cuando Eduardo Herrera, imprudente y compasivo, destrabó el perno de la puerta, lo arrastraron en la estampida. Por todas partes, llantos de mujeres, gritos de hombres inermes, alaridos de niños horrorizados; berrear de animales que corrían, desesperados, hacia alguna parte. Un verdadero caos de candela y locura. De pronto, alguien gritó:

–Allí! Allí!

Ante el asombro unánime, la extraña visión apareció. Como salida del vientre de las llamas, una mujer, vestida de negro, con la espesa cabellera suelta, cruzó, veloz, dejando una estela de alaridos, rumbo a los cañaverales todavía ilesos.

–La Petita!

–La Petita!

La visión fue como un toque de alarma. Desesperados, se lanzaron por el camino del Ingenio, entre el arder crepitante de la caña. Por el Sur la tierra ardía, también. El viento del mar llevó la candela hasta lo más profundo, y un inmenso semicírculo de fuego avanzaba hacia el Este.

De súbito, la brisa amainó. Entonces se levantó, avasallador, el traqueteo de la hojarasca encendida. Era como si se rompiesen millones de huesos.

–Calles! Abrir calles!

–Media milla más abajo los hombres se fueron internando en los cañales para cortar trochas. Iban barriendo el suelo y apartando, hacia el Norte, la hojarasca. Tras ellos quedaba, angosta, una calle de tierra limpia. Allí haría Dios que se contuviera la desgracia. Pero el viento se había detenido sólo para cambiar de dirección. Venía, ahora, del Norte, cortante. La candela cobró nueva fuerza, y el clamor del fuego aumen-

tó. El cielo volvía a poblarse de llamas viajeras. Fue un alucinante espectáculo de muerte. Pronto llegaron las llamas a la calle recién abierta, y, como si nada hubieran hecho, siguieron impertérritas, danzando y rugiendo, hacia el Sur. Las mujeres y los hombres que lograron salvarse temblaban, horrorizados, a los gritos de los sorprendidos por la candela.

–Ay; ayayay!

Y ante los ojos atónitos, una mujer toda de negro, con la oscura cabellera suelta, cruzó, veloz, soltando alaridos desesperados.

–La Petita!!! La Petita!!!

El incendio, juguete de un viento terco que esa noche fatal sopló dando bandazos violentos, lanzaba al espacio llamas y más llamas. No fue mayor el fuego del infierno. El cielo, sordo a las súplicas, parecía prendido también. Los niños proseguían su danza alucinada; huían los conejos chillones; las ratas inundaban el camino; las culebras volaban a perderse, silbando. Niños y mujeres caían, asfixiados, para no levantarse. Hombres mismos, enceguecidos, corrían hacia las llamas.

–Ricardooo!

–Chelapá!

–Aquí, aquí, Ricardo.

Los dos hombres se abrazaron. Mas, de pronto, frente a ellos, frente a todos, cruzó la negra visión con la oscura cabellera suelta, lanzando alaridos, camino de San Cristóbal. Iba ante las llamas, dejando a su paso la tierra abrasada.

–Petita! Petita! –gritó Ricardo, y corrió tras la visión que se esfumaba.

Sólo encontró cañaverales que la candela poco a poco sometía. Se observaban ya las altas chimeneas del Ingenio. Hacía horas que todo ardía sin que nadie pudiese evitarlo. Llegaban camiones cargados de hombres. Pero, espantados por el bárbaro espectáculo – millas y millas incendiadas,

rugientes; millares de cogollos ardiendo por los aires–, retrocedían. Nada que hacer; todo inútil. El hombre es impotente frente a la naturaleza liberada.

El fuego proseguía su marcha de muerte. Y todos huían hacia San Cristóbal. A poco se vio el Central rodeado por la candela, brillante, irreductible, en el centro de un anillo de fuego. Ya los hombres estaban en la carretera. Confiaban en que el amplio claro del batey y el patio que rodeaba al Ingenio lo salvarían de la catástrofe. Pero, las esperanzas ardieron también: la leña almacenada junto a las calderas comenzó a arder. Pronto fue una fantástica pira.

–Las calderas! Estallarán! –gritó Ricardo, y se lanzó hacia el Ingenio.

Hubo un coro desesperado, que ahogó la voz de Chelapá.

–Ricardo!!!

Como salida de la tierra, una mujer, toda vestida de negro, suelta la oscura cabellera, dando alaridos de espanto, se precipitó tras de Ricardo.

La leña almacenada ardía. Las calderas, forradas en fuego, comenzaron a retumbar con un zumbido grave, impresionante. En eso, inesperada, angustiosa, pidiendo al cielo una ayuda imposible, gimió la vieja sirena de San Cristóbal. Con voz lúgubre, como aullido de perro, que llenaba la noche, más fuerte que el resplandor de las llamas.

Y, enseguida, la explosión. Formidable, ensordecedora. El Ingenio se quemaba por los cuatro costados.

–El alambique! El alambique!

Era inevitable. Su cuerpo alto y delgado, cubierto con zinc, parecía incendiado ya. Se consumía presa de una fuerza satánica, salida de las entrañas de la tierra. Se le vio todo rojo, incandescente, antes de la primera explosión. Fue horroroso. El mayor de los tanques estalló primero. La tierra tembló. Hasta el cielo se levantó una columna ígnea que se esparció a muchas leguas. Otra explosión... Otra... Los diez tanques fueron estallando. La tierra se estremecía y el cielo se llenó de

voladoras hojas de zinc ardiente. No había, en los contornos, rincón donde la muerte no llamase.

A eso de las diez de la mañana cesaron las explosiones. San Cristóbal ardió hasta las dos de la tarde. Pero de entre las ruinas, un humo espeso y negro se elevó por días, como incienso venenoso de un rito macabro. Durante el incendio muchos murieron de asfixia, enceguecidos. Entonces nadie se enteró. Y allí quedaron, con los ojos abiertos, rígidos y tostados, habitantes grotescos de un mundo de pesadilla.

EPILOGO

Ya la luna corre hacia el horizonte. Presiento a Chelapá sobre la paredilla del portón, muy cerca de mi. No quisiera hablar. Este silencio no lo fusilarán las salomas conocidas. Pero Chelapá se mueve, baja, y se detiene frente al letrero patinoso.

–Ya sabe usted lo que es San Cristóbal.

Quedo un tanto desconcertado. Mas yo vine por la verdad. En tono bajo, como si temiera despertar a alguien, preguntó:

–Y cómo fue que no murió Ricardo, Chelapá?

–Ricardo?

Con dejo amargo y gesto sombrío, contó:

–Pasada la última explosión corrí hacia el Central. Lo que el día antes había sido monstruo de actividad incontenible era sólo un caos ardiente. Un cuadro pavoroso, señor. La volante, toda doblada, gruesas vigas de acero, retorcidas por todas partes, hierros incandescentes. Humo, calor y llamas. Y Ricardo? Dónde encontrarlo, entre tanta desolación? Lo creía muerto, víctima de alguna de las explosiones. Pero, no sé por qué, tenía mis dudas. Pacientemente continué la búsqueda. Avanzando como pude, sorteando mil peligros, me perdí en el interior del Central en llamas. Encontré una horquilla de mujer, ligeramente chamuscada; también un trozo de paño

negro. Rendido, al cabo de tres horas de buscar, lo tropecé. Muchas veces me he preguntado qué mano amiga lo colocó allí. Un verdadero milagro. Protegido por unos cuantos sacos de azúcar, yacía con el cuerpo lleno de horribles quemaduras. Pero, asómbrese usted: en medio de aquel espanto, cuando todos habíamos perdido la razón, el cerebro de Ricardo funcionaba normalmente. Al verlo, grité:

–"Ricardo!!"

–Lo imaginé cadáver. Pero una voz ronca, llena de dolor, una voz que no era la suya, respondió:

–"Chelapá, Chelapá, déjame en San Cristóbal!"

–Y después?

–No hay después. Allí está en el jorón de mi rancho. Ni vivo ni muerto. Sólo suelta, de vez en cuando, el nombre de Petita.

–Petita... Petita... qué fue de ella?

Chelapá me mira, y sonríe con amargura.

–La Petita...! La noche misma... todo lo que no comprendíamos.

–Y Ricardo...? – vuelvo a preguntar.

–No bajará de mi jorón.

–Bien, Chelapá. Diré a mis padres que Ricardo ha muerto. Puede que así la paz sea en nuestra casa.

§ • §

Me despido, en silencio, del hombre que algún día dará cristiana sepultura a los restos de mi hermano. Lo dejo un poco pálido, pero sereno, como siempre.

Voy, en la noche, caminando. Hacia los brazos abiertos de la aurora.

Fin

Manfer, S.A.
APARTADO 2018, PANAMA 1, REP. PANAMA